

Fenomenología

Tú pierdes, yo gano

You lose, I win

Você perde, eu ganho

Concha Fernández González

Relato ganador premio Vida y Salud de Narrativa en su XI Edición (modalidad absoluta)



“Tú pierdes, yo gano”. Una vez más, el gordito Moncada me escupía la maldita frase con un aire de superioridad impropio de su torpeza. Pero, a decir verdad, no sólo era el gordito Moncada –al que hacía extremadamente feliz que hubiera alguien que fuera más lento que él– también me la decían el resto de chicos con los que jugaba. Yo era el último siempre en cualquier tipo de competición que se planteara. Perdía al rescate, al balón prisionero, al escondite, a pídola... Cuando jugábamos al fútbol nadie quería que fuese en su equipo y lo mismo ocurría con los otros juegos de grupo. Yo me sentía fuerte, ágil. Mi cuerpo flacucho y fibroso era, además, un aliado, pero me entorpecía una bota con esa suela de corcho de diez centímetros que pesaba como una losa, aunque sirviera para igualar mis asimétricas piernas. Había nacido con una luxación de ca-

dera que me tuvo escayolado de cintura para abajo desde mis primeros días de vida hasta cumplidos los seis meses. Después, al parecer, usé arneses que mantenían mis piernas abiertas y dobladas, botas de tracción, etc. Aquello no sirvió para nada y, a pesar de todas las incomodidades por las que pasé, mis piernas comenzaron a crecer de manera desigual.

“Tú pierdes, yo gano”. Cada vez que crecía me tenían que poner una capa más de corcho en la suela de la bota con lo que su peso aumentaba en la misma proporción que aumentaba mi torpeza. Siempre llegaba el último en las carreras que los niños echábamos por diversión, muy por detrás del gordito Moncada que, invariablemente, era el penúltimo y aprovechaba esta ventaja para soltarme su frase preferida: “tú pierdes, yo gano”. Según parecía, competía sólo contra mí porque era evidente que él era tan perdedor como yo, bueno, como yo no, un poco menos.

Por eso fui dejando de jugar con mis amigos y también de echar carreras con ellos. Casi sin darme cuenta, empecé a aislarme y para ello busqué un lugar tranquilo en el que la soledad fuera mi única compañía. Lo encontré en la cala de los Cristianos, una pequeña playa alejada del pueblo y rodeada de acantilados. Allí me refugiaba muchos días al salir del colegio. Me sentaba en la playa, me quitaba las

botas y enterraba mis pies en la arena, sintiendo la caricia, todavía tibia, que me procuraba. Luego observaba durante horas la inmensidad del mar. Así descubrí los miles de azules que escondía y que siempre estaban relacionados con su caprichoso estado de ánimo. Si el mar tenía un color azul oscuro, casi índigo, estaba enfadado y próximo a romper con furia contra las rocas. Si su color era turquesa tenía un día tranquilo que invitaba a adentrarse en él. Entre estos dos extremos había una amplia gama de azules que se identificaban con otros tantos estados de ánimo: azul celeste, turquesa, aguamarina, añil, oscuro, índigo, eléctrico, ultramar... Azul, siempre azul.

Al descubrir el placer que me provocaba la soledad y la contemplación del mar acentué mis escapadas y llegué a hacerlo diariamente. Mi escondite no era frecuentado por nadie. Estaba lejos del pueblo y el acceso no era fácil. Allí me encontró el nuevo profesor de gimnasia. Acababa de llegar al pueblo a tan sólo dos meses de que el curso terminara. Sustituía al titular, que había sufrido un accidente de coche. Cuando él llegó yo me tiraba de la pierna más corta por lo que no me di cuenta. Tenía la falsa esperanza de que si tiraba de ella cada día durante un buen rato, lograría que me creciera y llegaría a ser como la otra, prescindiendo de la fea e incómoda bota. Él se aproximó en silencio, descalzo y amortiguadas sus pisadas por la arena, de manera que no lo advertí. Cuando me habló estaba tan concentrado en mi estiramiento que me sobresalté:

- ¿Qué haces?

- Nada, le respondí ruborizado.

Pero él no se rindió y, como si hubiera adivinado en qué me ocupaba, añadió:

- No sigas esforzándote, la pierna no crecerá más porque tires de ella. Es más, podrías lastimarte.

Bajé la cabeza avergonzado. Se sentó a mi lado y estuvimos un largo rato en silencio. Yo no sabía qué decir. Me sentía ridículo. Finalmente fue él quien habló.

- ¿Te gusta el mar?, preguntó.

Entonces, empecé a contarle lo que sentía contemplándolo. Le hablé de sus colores, de sus estados de ánimo, del rumor de las olas, de la espuma que parecía puntillas, de su olor, de su sabor. Después, le dije que si yo hubiera nacido pez en lugar de niño no tendría piernas y no sería una más corta que otra y no tendría que escuchar siempre la famosa frasecita "tú pierdes, yo gano" que todos se creían con derecho a decirme. Hablé demasiado de todo lo que me ocurría y que nunca había contado a nadie. Y no sé por qué lo hice y más con un desconocido que acababa de llegar al pueblo. Quizás por eso, porque era un desconocido. Cuando me callé me di cuenta de ello, pero ya era tarde. Él escuchó todo el tiempo sin interrumpirme y todavía continuó en silencio un gran rato cuando yo ya había terminado. Luego, mientras cogía un puñado de arena en la mano y la dejaba deslizarse suavemente entre sus dedos, me preguntó:

- ¿Sabes nadar?

No, no sabía nadar. Si no podía andar bien ¿cómo iba a arriesgarme a meterme en ese mar, hermoso, pero impredecible, que tenía tanta agua que daba vértigo?

- No, contesté.

- Pues yo te voy a enseñar.

No me preguntó si quería aprender. No pidió mi opinión. No me consultó. Dijo que él me iba a enseñar y lo dio por hecho. Cuando le recordé la desigualdad de mis piernas respondió:

- En el agua, eso da igual.

Desde aquel día nos reunimos todas las tardes en nuestro rincón secreto. Yo puse la ilu-



sión, él la perseverancia. Hacíamos en la arena ejercicios de respiración, de braceo, aeróbicos. Cuando creyó que ya sabía la teoría básica, me invitó a meterme con él en el mar. Después, me pidió que me lanzara al agua y pusiera en marcha todo lo que me había enseñado en tierra. Respiré con torpeza, braceé con desacierto, moví las piernas con incompetencia, pero él no se desanimó. Colocó su mano en mi tripa y me sujetó para que no me hundiera. Aquel día y todos los demás que siguieron estuvo a mi lado corrigiéndome, animándome y apoyándose hasta que creyó que estaba preparado para nadar sin ayuda. Cuando dejó de sujetarme yo me mantuve a flote, capaz de avanzar sin tragar agua y me sentí ágil, ligero y veloz, como si hubiera conseguido romper un hilo invisible que me mantenía permanentemente atado a mis botas y que me impedía volar. Ya no pesaba más mi pierna izquierda, ya no había ningún lastre que me anclara al suelo. Por primera vez en mi vida supe lo que era la libertad.

Después de aquella tarde hubo muchas más. El curso terminó y el profesor se marchó. Yo iba perfeccionando ya solo mi estilo y el mar se convirtió, además de en un amigo, en un cómplice. Empecé a desarrollar tal dependencia del agua que durante todo el verano no falté un solo día a la cita. Soñaba, constantemente, con el momento en que me reencontrara con ella y nos abrazáramos en una danza íntima y feliz.

En septiembre, al inicio del curso, se reincorporó el profesor accidentado y no volví a ver al suplente nunca más. Se llevó nuestro secreto con él. Sin embargo, su enseñanza sirvió para que siguiera practicando en el mar sin desánimo. Sólo faltaba a mi cita cuando las olas se encrespaban, su color era azul oscuro y su ánimo enfurecido. Seguía buscando el aislamiento y nadie estaba al corriente de mi afición. Quería conservar sólo para mí esa excitante sensación de poder y libertad. Así, en absoluta soledad me imaginaba, según los días, ser un delfín amistoso e inteligente, un tiburón agresivo y poderoso o una sardina humilde y discreta. Mientras lo hacía, me fundía en una simbiosis perfecta con el agua, a veces tan perfecta, que me costaba salir y volver a calzar mi bota que me esperaba paciente sobre la arena, recordándome que yo era un ser terrestre, no marino y que, a pesar de que me empeñara en lo contrario, tendría que volver a caminar y a enfrentarme con mis piernas asimétricas que me hacían cojear.

“Tú pierdes, yo gano”. Pasó el tiempo y crecimos todos. Aunque cada vez estaba menos tiempo con mis amigos, el gordito Moncada – que ya no era gordito pues con la adolescencia había pegado el estirón y había adelgazado– se empeñó en provocarme delante de las chicas, un día en que habíamos acudido todos a merendar a la playa.

- Tú sabes nadar ¿no?

Sé que esperaba que le dijera que no para humillarme de nuevo y demostrar, una vez más, su superioridad sobre mí, por eso puso cara de sorpresa cuando le contesté:

- Sí.

- ¡Ah!, -se sorprendió- entonces te reto a echar una carrera hasta la boya.

Todos me observaron, algunos con compasión. Las chicas me miraron primero a los

ojos, luego a las piernas y finalmente a mi bota ortopédica que descansaba tumbada sobre la arena.

- Acepto, contesté.

Hubo un murmullo general. No supe, ni quise interpretar de qué tipo. Yo era el perdedor y nadie apostaba por mí. Incluso hubo alguna chica que intentó que desistiera argumentando que no estábamos en igualdad de condiciones. Sé que lo hacía con buena intención, pero a mí me hizo daño su comentario.

Se trazó una línea sobre la arena y nosotros nos pusimos detrás. Aquel día el mar tenía un intenso color azul aguamarina. El gordito Moncada -que ya no era gordito- se acercó a mí antes de la salida y mirándome con suficiencia me soltó: "tú pierdes, yo gano" y se apartó.

Sí, podría haber sido así. Él había mejorado sus habilidades durante el verano para deslumbrar a las chicas que ya empezaban a interesarnos a todos y era buen nadador, pero aquel día, cuando comenzó la carrera, me concentré y

elegí convertirme en un pez vela, el más rápido del océano. No sería capaz de alcanzar los 109 kilómetros por hora que él recorría, pero me metí en su cuerpo, activé la aleta caudal, estiré el hocico, desplegué la cola en forma de media luna y ondulé el cuerpo al ritmo de las olas que parecían componer una hermosa sinfonía marina sólo para mí. Y nadé como nunca lo había hecho antes, sintiéndome el ser más poderoso del océano, el más raudo, el más fuerte, el más ágil, el mejor.

Gané. Gané por primera vez en mi vida, sacando al gordito Moncada una gran distancia, alzándome con un triunfo que me supo a sal, a brisa, a escamas plateadas, a conchas, a coral, a estrellas de mar.

Cuando el gordito Moncada - que ya no era gordito- llegó a la playa, todo el mundo me rodeaba y algunos todavía aplaudían. Me quedé mirándole, avancé hacia él cojeando por la asimetría de mis piernas y, muy bajito, para que nadie me oyera, le susurré:

- Tú pierdes, yo gano.

